



Por una cultura de la verdad

Miguel Alemán V.

8 de marzo de 2007

Se puede engañar a pocas personas todo el tiempo, se puede engañar a muchas personas durante poco tiempo, pero no se puede engañar a todas las personas todo el tiempo, decía Abraham Lincoln, en su famosa frase acerca de la verdad como el más valioso tesoro del gobernante.

En Estados Unidos varios presidentes se enfrentaron al dilema de ocultar la verdad o reconocer sus errores. Nixon se vio forzado a renunciar a la presidencia y Clinton prefirió reconocer públicamente los hechos inmorales de su vida privada. Ronald Reagan, en medio del escándalo Irán-*Contra*, prefirió responder "no lo recuerdo", antes de decir una mentira. Estos ejemplos ponen de manifiesto el compromiso con la verdad como la cualidad más importante ante el juicio de la historia.

Para que una democracia funcione libremente es necesario que el público esté bien informado, con veracidad e imparcialidad. El diario soviético *Pravda* (verdad), publicación que circulaba en la segunda mitad del siglo XX, tuvo el título más controvertido entre su nombre y sus contenidos. Hoy nos demuestra que no se pudo engañar a todos durante todo el tiempo.

Actualmente en nuestro país se analiza la importancia de hacer más expedita la gestión de la justicia mediante la aplicación de los juicios orales. Esta nueva modalidad tiene como condición necesaria contar con una cultura de la verdad, en la que el testimonio verbal, ya sea defensor, fiscal, testigo o acusado, esté sustentado en el compromiso irrestricto de decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

Cuando estudié Derecho, profesores de gran talla como Manuel Pedrosa y Mario de la Cueva, entre otros, nos enseñaron que sólo con el valor de la verdad se puede tener certidumbre en la justicia, pues la manipulación de los dichos y hechos puede hacer libres a los culpables y culpables a los inocentes.

Decir la verdad no es deber exclusivo de los políticos. La honestidad es tarea de todos. De ahí la importancia de que a partir de ahora y con gran intensidad nos hagamos el firme propósito de impulsar una cultura de la verdad como mecanismo de congruencia entre el dicho y el hecho.

Más allá de consideraciones de carácter filosófico o religioso, la verdad tiene un papel preponderante en nuestra vida diaria. Como padres de familia, maestros, tenemos que construir un sistema educativo que parta de la verdad, de la honestidad, del reconocimiento individual y valiente de cada acto o decisión.

Somos un país que nos cuesta trabajo decir la verdad, incluso decirle a las cosas por su nombre, y quizá abusa de los diminutivos: "Le di un golpecito al coche". De ahí que tengamos una tarea intensiva: fomentar la honestidad entre decir y hacer, para que esa sea la base que sustente las relaciones entre familias, personas, sociedad e instituciones.

La verdad tiene mil caras, todas son agradables; Gabriel García Márquez nos ha transmitido su verdad en el recorrido de sus 80 años de vida y en el transcurso de los 40 años de *Cien años de soledad*, estupenda novela que ha disipado las soledades de sus lectores, y nos ha enseñando la verdadera conciencia que convierte la magia de su imaginación en la magia de la realidad.

Amigo lector, hágale usted un favor a este país: cuando pueda diga la verdad, y cuando no pueda. atrévase.

Una mexicana que fruta vendía.

Hacía una verbena en el jardín de matatena.

articulo@alemanvelasco.org
Político, escritor y periodista